

Lázaro, levántate y gobierna

Alfredo Acle Tomasini

Para Rogelio Cárdenas Sarmiento: periodista visionario, que supo quitarle a la economía lo aburrido y a la política lo intrascendente.

El triunfo es elixir que emborracha; es droga que revitaliza. No importa que haya sido en un estadio vacío. En la euforia, los defectos se minimizan, los errores se olvidan, las virtudes se exageran, mientras que se racionaliza la meta alcanzada, como si fuera producto de un esfuerzo planeado y cuidadosamente ejecutado. Y, en ese desprendimiento de la realidad, surge un nuevo grito: “governaremos desde San Lázaro”. Confundidos nos preguntamos; ¿Qué elegimos: diputados o gobernantes?. Ya tuvimos al Poder Ejecutivo como Legislativo; ¿Tendremos ahora al Legislativo como Ejecutivo?

Mientras, y en marcado contraste con la recomposición de fuerzas en la Cámara de Diputados, se insiste en mantener todo igual, y peor aún, en desconocer la significancia de los resultados de las últimas elecciones, o bien, en darles una interpretación, donde al amparo de las culpas comunes se pasan por alto las propias.

Paradójicamente, la habilidad política que antes significó interpretar el hartazgo del electorado como base para plantear una alternativa de cambio, hoy, está ausente. Pero no sólo se ignoran las lecciones del éxito propio, sino también las del fracaso ajeno. Cualquier gobierno que haya enfrentado un revés electoral, y además, un cambio drástico en el Poder Legislativo, ha debido, al menos en apariencia, que renovarse como una fórmula para evitar ser arrastrados por los acontecimientos.

Así, entre signos de beligerancia y muestras de terquedad, se plantea para el futuro inmediato de la vida política del país, un escenario inédito, y que por esa misma razón, los ciudadanos comunes lo perciben con incertidumbre y desconfianza. Más aún, porque desprecian a los políticos, a quienes han visto valerse de sus problemas para lucrar con ellos, en lugar de responsabilizarse de su solución.

No obstante lo incierto del escenario, lo que sí se puede afirmar es que la Cámara de Diputados asumirá un rol sustancialmente distinto al que se observó durante el primer trienio. Básicamente, porque el PRI, recuperado del descalabro del 2000, y con la confianza haber comprobado algo que antes desconocía - que aun sin los apoyos del Estado, pudo subsistir como partido - es evidente que adoptará una actitud proactiva con la intención de proyectar una imagen de liderazgo, particularmente alrededor de los grandes temas nacionales.

Esta circunstancia, podría, sobretodo si no hay un cambio radical en el Gobierno, colocar irremediamente al PAN en una posición incómoda: por un lado, el activismo priista, incontenible, se dejará venir a través de nuevas iniciativas que habrán de ser debatidas, por el otro, encontrará que si no se introducen modificaciones, será difícil continuar

defendiendo proyectos ya presentados, que hoy día, ante la nueva composición de la Cámara son cartuchos quemados.

Así en la medida que se acerque el 2006, es probable que el PAN empiece a ver que la figura presidencial ya no le produce dividendos, sino que le requiere el pago de intereses, por lo que es dable suponer que busque separarse abiertamente de ella, mediante posturas de cuño propio, no necesariamente coincidentes con el Ejecutivo.

Sin embargo, el PAN parece tan aturdido hoy en la derrota, como cuando ganó la presidencia de la República, y debiendo ser el primero en dar muestras de cambio, ha sido el primero en poner el ejemplo en contrario, al mantener su liderazgo intacto pese al fracaso electoral, cuya responsabilidad, en otras latitudes, suele reconocerse con la renuncia del Presidente del partido.

La composición de la nueva Cámara hace factible – muy factible – que la frase: “El Presidente propone y el Congreso dispone”, se invierta en la práctica. Tan peligroso para el país puede ser, el intento de un poder por suplir con sus acciones, lo que en otro ve como inacción o deficiencia, como los vacíos que alguno de ellos deje de llenar. Que gobierne el gobierno, que legisle el Congreso, que no reviva en San Lázaro el germen del presidencialismo omnipotente.